

# **LAS AVENTURAS DE RÁQUIRA**

Una fábula sobre el dinero y el ahorro

**Ernesto Plata**

ILUSTRACIONES DE **Paula Vargas Salazar**

© 2019, Ernesto Plata  
© 2019, Paula Vargas Salazar,  
por las ilustraciones de portada e interiores

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S.A  
Calle 73 No. 7-60, Bogotá  
[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

Primera edición impresa en Colombia: Septiembre de 2019  
Primera edición en esta presentación en Colombia: Abril de 2022

ISBN 13: 978-628-00-0279-8

ISBN 10: 628-00-0279-9

Impreso por:  
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

**Para Mariana, Sebastián y Matilda,  
mis tres sobrinos y su fortuna**



# CAPÍTULO 1.

## HAY QUE ROMPER A RÁQUIRA

**H**ay que romper a Ráquira —sentenció con voz ronca Lucas.

No lo dijo a viva voz, sino solo para que su hermana, Laly, escuchara. Estaban los dos en el cuarto de Lucas. Sus padres, que alcanzaban a oírlos, creían que estaban jugando, aunque en realidad Laly y Lucas estaban discutiendo y definiendo asuntos muy importantes de la vida. Laly, tres años mayor, aprovechaba que aún era más alta que Lucas y se puso de pie frente a él y le dijo:

—No, no, y no, Lucas, ¿no ves que todavía le caben más monedas? ¿O para qué quieres usar esa plata?

—Pues para la consola que me está vendiendo Henao, el de quinto B.

—Pero, Lucas, si la mitad de la plata es mía, no te alcanza con lo que debe quedar para ti...

—¡Pues es lo que quiero ver! Necesito saber cuántas monedas hay para ver si me alcanza. Si no me ayudas, le cuento a mis papás.

—Lucas, pero es que ellos nos dijeron que cuando Ráquira estuviera *llena*, valía la pena romperla, antes no —respondió Laly, haciendo gala de ser la hermana mayor y la que tenía más conocimiento de las reglas de cómo funcionaba el mundo y de lo que era mejor para ella y para su hermano.

—Laly, pero tú también querías romperla alguna vez para *algo*, no sé qué cosa era, ya ni me acuerdo para qué era... alguna cosa de niñas...

—Pero al final no la rompimos porque vimos que todavía le caben muuuuuuchas monedas. ¿Sí ves? Y además el trato que hicimos tú y yo es que solo cuando no le cupieran más monedas a Ráquira, ahí sí la rompíamos.

—Bueno, entonces miremos cuánto falta para que quede llena; de todas formas, ¡hay que romper a Ráquira! Mira que si no llevo la plata el lunes al colegio, Henao le vende la consola a Ramírez y él no la presta nunca.

—¿Y tú prestarías tu consola?

—No defiendas a Ramírez.

—Yo no defiendo a Ramírez...

—Laly está enamorada, Laly está enamorada, Laly está enamorada... —empezó a canturrear bur-lón Lucas, todavía susurrando para que no oyeran sus papás.

—Deja de ser tan bobo, Lucas, no es eso, sino que si compras la consola, después la puedes alquilar y ganar plata para comprar otra consola o más juegos. O traemos a los del colegio a la casa, acomodamos la sala para que quede como sala de juegos y nos inventamos un torneo y damos un premio al que gane. O le alquilas la consola a nuestros primos Ji-ménez. Me toca explicarte todo con plastilina, ¿no? Además, Ramírez es un bebé igual que tú, Henao y como todos tus amiguitos.

—No hablemos más y vamos a ver cuántas monedas tiene Ráquira —interrumpió Lucas, ansioso.

—¿Y si tu parte no te alcanza para la consola?

—Me prestas la tuya y así completo.

—¿Y cómo me pagas, si ya no tenemos a Ráquira para echar las monedas?

—¡Pues conseguimos otro marrano! ¡Vamos!

Ráquira conservaba el brillo de siempre. Llevaba dos años observando en silencio el movimiento de la casa de los Villegas. Cuando llegó, ocupaba un sitio en el último de los tres niveles de una repisa en la pared del corredor que estaba entre el cuarto de Lucas y de Laly. Con el tiempo, y a medida

que se ponía más pesada, optaron por ponerla en el primer nivel de la estantería, que estaba a treinta centímetros del piso.

La decisión de ubicarla más abajo fue de Ricardo Villegas, el papá de Lucas y de Laly, que era empleado en una empresa y tenía el cargo de inspector de seguridad industrial y riesgos laborales y creía que su casa debía ser, ante todo, el lugar más seguro del mundo. Esta, entre otras medidas, fueron tomadas por él salvaguardando la integridad de su familia, aunque algunas de estas parecían exageradas para Estela Miranda, su esposa.

Poner a Ráquira en un nivel más bajo de la repisa o incluso en el piso era lo más lógico puesto que ya pesaba mucho. Lo que no era posible de ninguna manera, era ponerla directamente sobre el suelo, por una vieja creencia que tenía el abuelo Próspero, el padre de Estela, según la cual al poner la alcancía abajo “se va la plata al piso”, es decir, habría poco dinero o nada. Él había insistido en ponerla al menos a una corta distancia del suelo, así fuera poca, pero no sobre este. Por su parte, Estela, a diferencia de Ricardo, era menos temerosa y le gustaba dejar algunas cosas al azar, sin caer en el extremo de ser descuidada. Creía que a veces algo de sorpresa en la vida la hacía emocionante y dejaba espacio para la creatividad.

Ráquira observaba y escuchaba todo, pero nadie sospechaba que lo hiciera. Quizás el abuelo alguna



vez se quedó mirándola fijamente con cierta sospecha, pero algo lo distrajo y nunca más volvió a detenerse a verla a los ojos. Pasaba de vez en cuando y dejaba caer, sin decirle a nadie, unas monedas por la ranura que tenía Ráquira en el lomo. Otros objetos de la casa y en particular de la repisa, tampoco sospechaban de Ráquira. Porque, creámoslo o no, algunos objetos tienen vida propia y conversan entre ellos.

La mirada de Ráquira no cambió al ver a Lucas y a Laly frente a ella discutiendo si debían o no romperla. Ni siquiera cuando el niño habló de dar un certero golpe con un martillo que la partiera en mil pedazos. Dentro suyo, por primera vez sintió que algo podría fracturarse en su vida. Se sentía casi llena, pesada, aun con capacidad de recibir unas cuantas monedas más, aunque fuera una de las más pequeñas; sin embargo, de repente se sintió vacía y algo le dijo en su conciencia que los niños habían descubierto su secreto tan bien guardado hasta ahora. Lucas y Laly se miraron uno al otro y luego la miraron otra vez a ella.

—Hay que romper a Ráquira —se reafirmó Lucas en su decisión—. ¿Ahora sí me crees, Laly?

# ÍNDICE

Capítulo 1. <b>Hay que romper a Ráquira</b> .....	5
Capítulo 2. <b>De cómo Ráquira llegó a casa</b> .....	11
Capítulo 3. <b>El marrano que habla</b> .....	17
Capítulo 4. <b>Una fábula sobre el dinero</b> .....	23
Capítulo 5. <b>Centavito a centavito</b> .....	29
Capítulo 6. <b>Las finanzas en casa</b> .....	37
Capítulo 7. <b>Una marranita bien informada</b> .....	41
Capítulo 8 <b>El salmón</b> .....	47
Capítulo 9. <b>Querer es poder</b> .....	55
Capítulo 10. <b>Todo comienza con un sueño</b> .....	57